chora de Jesucristo, sino que afecte desconocerla, no hay dificultad en demostrar que su obstinación es vana é inútil, y en preguntarle si acaso ese su endurecimiento y su indiferencia son absolutos y completos. ¡Ah! No. Es imposible que no se haga oir allá en el secreto de ese corazón, una voz solemne que le echa en cara su conducta. Por más que se esfuerce en sofocarlos, es imposible que no sienta nacer allá en el fondo de sí mismo, sentimientos de respeto y de amor hacia este Dios, presente sobre nuestros altares; una santa envidia vendrá á turbar su reposo al saber que sus amigos han participado de la mesa del Señor: una emoción indecible lo agitará en silencio al ver á Jesucristo llevado en triunfo con toda la pompa augusta de nuestras solemnidades: un impulso irresistible de ternura se apoderará instantáneamente de esa alma, envuelta en las ideas de los negocios temporales, al encontrar por las calles y plazas á este amable Salvador, que sale á visitar por última vez á los que ya no pueden venir á verle.

VI

Así triunfa Jesucristo de los corazones rebeldes: de esos corazones en que parece haber fijado su residencia la culpa: de esos corazones que viven encadenados en el funesto hábito de los vicios. Así prepara Jesucristo la obra de llamarlos, de curarlos y de salvarlos. Así renueva en la Eucaristía los nobles oficios de Redentor, en favor de todos los que ya redimió con el precio de su sangre. ¡Quiera su bondad que, compareciendo nosotros tantas veces en su presencia, quedemos por fin unidos á Él, para no separarnos jamás! En la Eucaristía se halla la memoria de la Cruz; y es preciso que se cumplan las palabras de Jesucristo: "cuando yo sea levantado de la tierra, todo lo atraeré á Mí."[1]

VII

Nuestro munificentísimo Redentor, desde el ara santa, comunica á nuestras almas vigor y fuerza para perseverar en los caminos del bien. Si se tratara de probar especulativamente esta verdad, bastaría la sencilla, pero concluyente reflexión, de que si Jesucristo, cuando le recibimos en la Eucaristía, se hace en cierto modo una misma cosa con nosotros, debemos sentir en nosotros, si no ponemos obstáculo, la misma santidad de Jesucristo, á que somos llamados. Pero consultemos más bien á la experiencia. ¿Por qué se olvidan los deberes que á cada uno imponen su estado y condición, desde el momento en que se pierden de vista, ó no se atienden los ejemplos de Jesucristo? ¿Por qué el corazón humano vuelve á sumergirse en el cieno de su antigua corrupción, tan luego como deja de tener por norma de sus acciones los ejemplos de Je-

1 San Juan, XII, 32.

sucristo? ¡Ah! La debilidad de nuestro corazón necesita, para no caer, de la fuerza que le imprime el ejemplo, y este ejemplo, como único eficaz, ha de ser el de Jesucristo. ¿Y dónde buscar los ejemplos de Jesucristo, sino en la Divina Eucaristía? ¿Los ejemplos que hoy nos da en su vida eucarística, son acaso diversos de todos los que nos dió en su vida mortal? Aquí, pues, á los pies de este Divino Maestro, que no tiene, á nuestros ojos, más riquezas que las apariencias de pan: aquí deben venir á aprender la pobreza de espíritu los que no tienen por bastante, para satisfacer sus deseos, todo el oro del mundo: aquí conocerán la humildad en las humillaciones de Jesús, los que no pueden sufrir la exaltación de los demás: aquí viendo los ultrajes á que se expone el Rey de la gloria, adquirirán la paciencia los que tienen por imposible y degradante el perdonar la más leve injuria: aquí se enseñarán á obedecer, los que cifran en la insubordinación la verdadera grandeza de ánimo, puesto que Jesucristo obedece sin réplica, y desciende todos los dias del cielo á la tierra: aquí comenzarán á mortificar sus deseos, sus inclinaciones y sus sentidos los que se alarman con el solo nombre de mortificación, al considerar la abnegación que Jesucristo hace de los resplandores de su gloria, en este Sacramento: aquí, por último, y como la mayor prenda de felicidad, se encenderá en el corazón el fuego del amor Divino.

¿Pero podrán imitarse los brillantes ejemplos de este Divino Salvador, si no hay empeño, si, por el

contrario, hay repugnancia para recibirle en la Sagrada Comunión, ó, si se le recibe, no es con la disposición conveniente? ¡Ah! creámoslo: si aleccionados por la experiencia, si convencidos de que por no alimentarnos de este pan de vida, estamos siempre enfermos y débiles,[1] como dice el Apóstol, llegamos, por fin, á acercarnos con frecuencia y fervor á la Divina Mesa, podremos entonces decir, llenos de santo gozo, que hemos encontrado en Jesucristo el único principio de nuestra salud. *Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.*

VIII

"El cuerpo y la sangre de Jesucristo serán por siempre el pan y la vida de la inmortalidad." Aquí no hay figura, ni símbolo, ni metáfora. "Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre está en Mí y Yo en él. El que me coma á Mí, vivirá también por Mí."[2] Es imposible equivocarse sobre la realidad positiva de esta palabra. Los judíos se indignan al oirla. "¿Cómo, dicen ellos, puede éste darnos á comer su carne?"[3] Esta palabra subleva á gran número de discípulos hasta entonces fieles, y quieren abandonar á su Maestro exclamando: "¡Semejante lenguaje es intolerable!"[4]

1 1ª á los Corint., XI, 30.
2 San Juan, VI, 56, 57 y 58.
3 Idem, VI, 53.
4 Idem, VI, 61.

Y sin, embargo, ¿qué era este lenguaje del Salvador, sino el dogma de la transustanciación eucarística, milagro permanente del Pan de vida, bajado del cielo, que se ha multiplicado sin límite y sin medida para alimentar generaciones de almas? Actualmente se verifica, como en Bethsaida, la multiplicación de los panes, del uno al otro polo. En nada varían el lenguaje de Nuestro Señor la incredulidad judaica y la vacilación de los discípulos espantados; en nada templa su fórmula para calmar la indignación de sus oyentes. Supóngase un instante que hubiera sido éste el pensamiento del Divino Maestro: "os daré á comer un pan común ú ordinario, que será la figura de mi cuerpo; os daré á beber un vino semejante á aquel de que usais todos los dias, y que será la figura de mi sangre." Este es el sentir del protestantismo. ¿Quién, pues, hubiera impedido al Salvador acallar súbitamente toda clase de murmullos, y retener á su lado la multitud de discípulos incrédulos? Una sola palabra explicatoria que hubieran pronunciado sus labios, hubiera hecho cesar la agitación que produjo un discurso, interpretado desde el principio en un sentido absoluto. Pero Jesucristo redobla sus afirmaciones á medida que se aumenta el tumulto, y repite invariablemente: "Os daré á comer mi carne y á beber mi sangre. Si no comeis la carne del Hijo del Hombre, y si no bebeis su sangre, no tendreis la vida en vosotros. ¿Os escandaliza este lenguaje? Esperad el dia en que habreis de ver al Hijo del Hombre volver al cielo, de donde ha descen-

dido. El Espíritu lo vivifica todo, y los sentidos no tienen nada que ver aquí con esto."[1] ¡Oh Jesús de la Eucaristía, pan vivo bajado del cielo: millares de adoradores vuestros, han reemplazado y reemplazarán hasta el fin de los tiempos, á los discípulos incrédulos que se conmovieron con vuestras palabras en Cafarnaum! Si aun hay judíos carnales, para cuyos oídos es duro este lenguaje, la Iglesia Católica os repite diariamente al pie de vuestros tabernáculos, la protesta de San Pedro:[2] "Señor, nosotros no huiremos: tus palabras son de vida eterna."[3]

Finalmente, Jesucristo reside entre nosotros para conducir las aspiraciones de nuestra alma á su verdadero fin. En la vida presente todo es transitorio: los bienes de fortuna, los honores, los placeres, desaparecen como las hojas de los árboles que arrebata el impetuoso viento de la tribulación. Sólo Jesucristo sobrevive en nuestros altares á todas las vicisitudes del tiempo: sólo Él ve pasar bajo sus pies á todas las generaciones. ¡Ah! ¡Qué consolador debe ser para nosotros el recuerdo de tantos Mártires, que imploraron constancia y fe á los pies de este mismo Dios, momentos antes de marchar á la muerte! ¡Qué grato es pensar que todos los justos de la ley de gracia, han encontrado consuelo, han aprendido la ciencia de la salvación y han tenido siempre fijos sus ojos en este presente magnífico del

1 San Juan, VI, 54, 62, 63, 64.
2 Idem, VI, 69.
3 Darras. Vida de Jesucristo. Cap. VII. § 2.

amor de Jesús, seguros de ver en él la preciosa prenda de la inmortalidad!

Son tan graves los peligros de extraviarse en tantas sendas tortuosas que cruzan el camino de la vida: son tan formidables los motivos que tienden á desviar nuestros pasos: son tan densas las tinieblas que nos impiden distinguir el feliz término de nuestra peregrinación sobre la tierra, que si Jesucristo no es, como debe ser y nos lo ha prometido, nuestra luz y nuestro guía, es inevitable nuestra desgracia. Volvamos á Él nuestras miradas, pues le tenemos tan cerca, y pongámonos bajo su protección. Eso espera de nosotros, y por eso ha querido dirigirnos durante nuestro destierro, como la columna luminosa guió al pueblo de Israel en el desierto.

REFLEXIÓN XX

LOS GEMIDOS DEL ARPA.

Domine, ante te omne desiderium meum, et gemitus meus á te non est absconditus.

Todos mis deseos están, Señor, á tu vista, y no se te ocultan mis gemidos.

PSALM. XXXVII, 10.

I

"CÓMO cantar himnos de alegría en tierra extraña?" decían los Israelitas cautivos en Babilonia. Al descubrir las regiones que no vieron su cuna, ni contenían la tumba de sus padres, se detuvieron cerca del rio que baña esas comarcas, y, sentándose, comenzaron á llorar, acordándose de Sión. En los sauces que cubren las riberas del Éufrates, se les vió suspender sus instrumentos músicos, y ahogar en su dolor la pena que se sufre lejos de la patria.[1]

Nosotros también, lejos del cielo, encontramos por todas partes motivos para llorar; pero viendo

1 Salm. CXXXVI, 1.